

Dr. D. Antonio Bascones Martínez

Académico de Número de la Sección de Medicina de
la Real Academia de Doctores de España

Amando, un amigo que se fue y un recuerdo que pervive

Hay vidas que no es posible trasladar a unas breves líneas con emociones y sentimientos difíciles de encasillar en unas cuartillas. No obstante, es necesario presentar y glosar la figura del amigo, del humanista y del científico. Ante mí, unas hojas en blanco y unos afectos que se agolpan por salir. No es fácil ordenarlos, encuadrarlos en un contexto de exposición estructurada y metódica. No en balde el afecto y la amistad tienen sus parti-

culares formas de expresión. Todo ello me llevó a cristalizar una amistad muy fuerte, muy sólida, muy cercana.

El amigo: Cómo se me va a olvidar esas llamadas cuándo al alborear la mañana, ya trabajando en mi despacho, sonaba el teléfono y era Amando que me decía "dentro de diez minutos estoy tomando un café contigo y después vamos al coche que tengo la cecina preparada" o esas conversaciones poéticas en que iba desgranando, golpe a golpe, verso a verso, sus poesías, sus canciones a la guitarra, sus devaneos literarios. Lo mismo hablaba de Neruda que de Campoamor, de Blas de Otero cómo de Salinas, de Miguel Hernández cómo de Alberti. La conversación con él era un paseo por el romanticismo de nuestra Literatura, de nuestra lengua común. Siempre acabábamos en Machado. *Todo pasa y todo queda / pero lo nuestro es pasar / pasar haciendo caminos / caminos sobre el mar.* Sin embargo,

muchas veces me repitió aquellas estrofas de Miguel Hernández:

*Boca que arrastra mi boca:
boca que me has arrastrado:
boca que vienes de lejos
a iluminarme de rayos.*

o las de León Felipe:

*Ser en la vida romero,
romero sólo que cruza siempre por caminos nuevos.*

*Ser en la vida romero,
sin más oficio, sin otro nombre y sin pueblo.
Ser en la vida romero, romero..., sólo romero.*

Una conversación con él era un viaje por el sendero de la vida, y si todo ello iba acompañado de una guitarra se convertía en

un placer, en una pléyade de sentimientos de armonía y calidez. Ese era el hombre. Ese era nuestro amigo.

El científico: Tenía una personalidad universitaria de hondo calado, una vida Académica que se plasmaba en nuestra Academia, un lugar de encuentro, de intercambio de conocimientos, de conversaciones, de experiencias y de sentimientos. Allí estaba él, en la Junta de Gobierno o como un Académico más, luchando por defender lo que creía justo. En eso era implacable. Tenía, todo hay que decirlo, sus especiales parcelas donde no se podía entrar so pena de salir discutiendo. Pero toda su vehemencia desaparecía con una sonrisa y con un abrazo. Su formación sólida, sus licenciaturas, sus doctorados le dieron una visión integral del conocimiento, de la Ciencia y eso lo volcaba, día tras día, ante sus alumnos, con sus libros, con sus clases. Con su experiencia vital tanto en la Ciencia cómo en la amistad. Hombre carismático,

bueno, generoso. Su bondad se expandía en la conversación, en su mirada, en su sonrisa. Sus amigos y discípulos se sienten huérfanos y sólo el dulce recuerdo mitiga el dolor de la ausencia.

El paciente: No puedo dejar de comentar su periplo, su largo peregrinaje en la lucha de la enfermedad. Lo hizo con espíritu religioso, con la esperanza del más Allá, con la misa diaria y con la serenidad ante el sufrimiento. Todo ello lo llevó con resignación y optimismo pues, aunque en ciertos momentos desfallecía, siempre estaba allí su fe que le ayudaba a soportar su decaimiento temporal. Junto a él estaba su mujer, María Jesús, que le acompañó, le ayudó y le estimuló a luchar. Fueron muchos meses de enfrentamiento contra la muerte.

Nosotros, sus amigos, nos encontramos un poco huérfanos y hay momentos en que me dirijo al teléfono para llamar a mi amigo y

preguntar cómo se encuentra. Aún resuenan los ecos de la amistad y el recuerdo de tantas conversaciones, confluencias, idas y venidas para apoyar a sus amigos en esta Academia.

En estos momentos me vienen a la memoria la estrofa del himno de *Cuando la muerte no es el final*:

*Cuando la pena nos alcanza
por el compañero perdido,
cuando el adiós dolorido
busca en la Fe su esperanza.
En Tu palabra confiamos
con la certeza que Tú
ya le has devuelto la vida,
ya le has llevado la luz.*

Si hoy estoy aquí, hablando, es por su tesón, su apoyo y su amistad. Él me ayudó para la entrada en esta Academia, contestó a mi discurso y estuvo a mi lado día tras día.

Lo hizo también con muchos de los que estáis, ahora, aquí.

Yo, personalmente, tengo mucho que agradecerle y su evocación me hace más receptivo a los avatares de la vida. Subsistirá su memoria durante años. Al amigo que se fue un dulce recuerdo. Para Chus todo nuestro cariño desde el silencio. Eso es lo que queda y lo que resiste al paso del tiempo. Amando, siempre estarás entre nosotros.



Toma de posesión de Antonio Bascones como Académico de Número de la RADE (10/12/2003).